

Historia de una encina cualquiera

Pero, ¿es que hay alguna causa inherente al progreso, en sí mismo, que deba arruinar para siempre las bellezas de la naturaleza y las propias de la raza?

Abel Chapman y Walter Buck, *La España Inexplorada* (1910, Sevilla edición 1989), p.28.

Con el único objeto de ofrecer al lector una ligera idea de los efectos que las actividades que desarrollamos sobre nuestras dehesas pueden llegar a causar sobre la fisiología de las quercíneas que la pueblan;





15 de abril de 1951. Haciendo leña de una vieja e inmensa encina (*Navalonguilla*, Cardeña). Si bien estas fotos corresponden a un período posterior, nos permiten recrearnos en esta "historia". Obsérvese la "tremenda" poda practicada a las encinas existentes al fondo, muy al estilo de la época. Fotografías: Cortesía de la familia Sánchez Pozo.

intentaremos tan sólo una aproximación narrada a lo que puede estar ocurriendo, recreada en el ambiente pasado y actual del Parque Natural, y salpicada con alguna anécdota perteneciente, entre otros, a los autores de la cita que encabeza esta historia. Lo haremos basándonos en conocimientos generados por diversos autores y especialmente, en lo que respecta al sistema radical, nos permitiremos la licencia de adaptar e interpretar en esta breve historia algunas de las aportaciones realizadas por GRACIA, C.A. et al. (2004).

Nos ha parecido más correcto incluirla en este capítulo, por su relación con otros datos que en él se aportan sobre aprovechamientos y trabajos selvícolas, aunque bien pudiera haberse incluido en otros que le son igualmente afines. Así, reflexionaremos sobre cómo puede estar influyendo el modo en que aprovechamos nuestras dehesas y las inercias que arrastramos.

La historia de nuestra "encina cualquiera" comienza alrededor de 1850, cuando no era mucho más que una gran "almáciga" con varios pies que levantaban poco más de dos metros. Muy cerca se encontraba una enorme, vieja y retorcida encina, tal vez milenaria, con el tronco ahuecado por el transcurso del tiempo, la cual a lo largo de su dilatada vida habría llegado a ver infinidad de cosas. Algunos años fue soporte de un gran nido de águila imperial. En otra ocasión y durante un buen tiempo albergó en su copa el nido de una pareja de buitres negros, que formaba parte de una colonia que se extendía por los alrededores. En

las truecas de su tronco hueco varias "lincesas" habrían parido a sus cachorros. Infinidad de pajarillos habrían construido sus nidos entre su follaje. Las bellotas que regularmente ofrecía hubieron de ser consumidas por infinidad de seres, incluido algún oso, e incluso fue testigo de muchas correrías de las manadas de lobos tras sus presas.

Una soleada mañana de un mes de marzo llegó bajo su copa un grupo de seres que nunca antes había conocido, eran "materos" y estaban decidiendo que árboles permanecerían tras su paso y cuales formarían parte de la ulterior dehesa que ellos conformarían. La verdad es que el árbol era imponente, comentaban entre sí los "materos". Libre de la acción humana había desarrollado una copa descomunal con cinco enormes brazos. Se diría que bajo la misma podrían dormir varios rebaños de merina. Nuestros materos dudaron, pero tras sopesar el estado de decrepitud del árbol, su inmenso tronco ahuecado y la madera que de la misma podría obtenerse, decidieron abatirla, y seleccionaron para sustituirla aquella almáciga cercana, que una vez emplazada se convirtió en "nuestra encina cualquiera".

Es posible que nuestra encina descendiera directamente de aquel noble y viejo pié. En los milenios anteriores, generación tras generación, la evolución había ido perfeccionando la adaptación de la especie a nuestras duras condiciones climáticas y edáficas, y de ello era heredera nuestra encina.

Al principio, cuando la emplazaron y eliminaron el matorral que la

circundaba, nuestra encina se benefició, pues sus raíces tenían a su disposición todos los nutrientes sin competencia de las otras especies; tan solo notó un ligero incremento de la temperatura del suelo sobre el que ahora los rayos del sol incidían directamente. Durante los primeros años nuestra encina, que ya crecía vigorosa en su plaza de la incipiente dehesa, vio como los "materos" utilizaban primero el arado romano de "culo de mona" y después el de "vertedera"; para rentabilizar su trabajo y poder sembrar la superficie ahora despejada, muy rica por la materia orgánica acumulada durante milenios, donde ella, para aprovechar toda esa riqueza, hundía y desarrollaba una colosal maraña de raíces finas. Los primeros años se sembró la recién nacida dehesa año tras año porque lo permitía la riqueza del suelo, pero cuando este agotó una buena parte de su fracción orgánica y nutrientes, los hombres



La evolución ha dotado a nuestras encinas de adaptaciones que le permiten sortear los rigores de nuestro clima, con eternos y calurosos estíos a los que suceden fríos inviernos.

Fotografía: José Cañas.

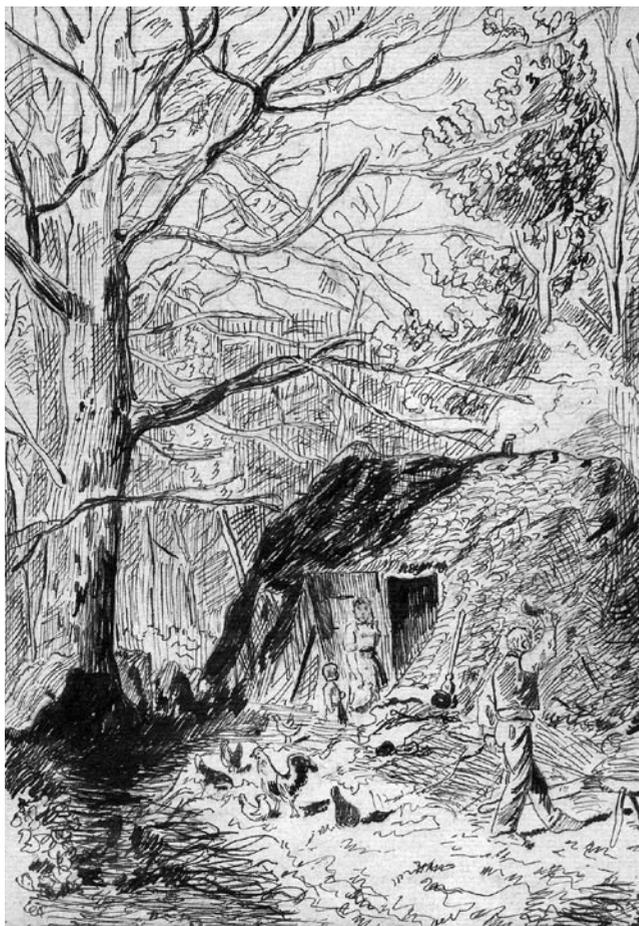


pasaron a sembrarla solo cada tres años, a veces cinco, y otras incluso más, con el objeto de dejar "reponerse" al suelo.

Durante muchos años renovó y cubrió nuestra encina su "solá" con una abundante cosecha de bellota que alimentó, entre otros, a cerdos y ovejas de los propietarios que el pasar del tiempo también se encargaba de renovar; y a los que en su "fuga impuesta" les acompañaba una auténtica biblioteca de conocimientos heredados.

Año tras año fue disminuyendo la riqueza orgánica del horizonte superior, heredada de los tiempos en que ese suelo estuvo cubierto por un extenso bosque mediterráneo impenetrable. Aún así la encina crecía y se desarrollaba sin que aquello pareciera afectarle en nada.

Durante todo este tiempo nuestra encina fue podada muchas veces, aunque no lo necesitaba e incluso la debilitaba, y en tres ocasiones espaciadas entre sí unos 20 o 30 años fue "carboneada"; padeciendo en ello la mutilación de varios de sus brazos de cruz. Esto le provocó heridas tan enormes que nunca las pudo cicatrizar y por las que lentamente se



Abel Chapman y Walter J. Buck debieron encontrar en su viaje mucha gente humilde viviendo en chozas y cabañas. Esta choza, la "choza de Jeromo" puede también servirnos para recrear el ambiente de la época. Dibujo a lápiz de Miguel Castanys fechado en 1936, que si bien no corresponde al Parque Natural, sí a la Sierra Morena Cordobesa en su fachada a la capital. Cortesía de la familia Quero Castanys.

le iban "colando" algunos insectos perforadores y xilófagos, hongos y una larga sucesión de organismos especializados en aprovechar todo lo muerto y debilitado, pues esa es la función que la sabia evolución les había encomendado. Pero nuestra encina estaba fuerte, con sus reservas de raíz "al máximo", y aquello no supuso más que un lamentable paréntesis

en su vida, que el tiempo se encargó de diluir, pero no de olvidar.

De infinidad de acontecimientos fue testigo nuestra encina, y numerosos personajes le anduvieron cercanos. De regreso de Fuencaiente, la extenuada expedición de febrero de 1901 de los naturalistas británicos Abel Chapman y Walter J. Buck le paso a tan solo unas varas. En otra ocasión, un día de Junio de 1907 en el que la calor ya apretaba lo suyo, pararon a descansar bajo su copa dos rufianes, "El Pernal" y "El Niño del Arahál", a la sazón bandoleros, que se refugiaron en Cardeña en una arriesgada huida de la Guardia Civil que terminó un día de septiembre, en el que fueron acibillados a balazos (22 el primero y 10 el segundo) en la Sierra de Alcaráz.

Y siguió nuestra encina "su camino". Los hombres, a veces, la vareaban con un "zango" para acelerar así la caída de sus frutos, pues el ganado andaba hambriento. Esta circunstancia hizo que en ocasiones fuera contagiada con un hongo que le provocaba una embrujada ramificación con forma de escobilla, tras lo cual se le secaban esas ramillas. El zango también le provocaba daños a sus ramillas extremas, las que al año siguiente habían de dar los brotes nuevos. Esto la debilitó durante un tiempo.

Muchos años después nuestra encina, que debía rondar ya más de los cien, "sintió" como los aperos de que se servía el hombre, arados y yuntas de bueyes, eran sustituidos. Se trataba de un nuevo artilugio humano e irrumpía con fuerza en las dehesas, nos referimos al tractor,

que facilitó enormemente las labores agrarias. Como efecto sobre el suelo el tractor traía consigo una compactación del mismo a cierta profundidad, una especie de "suela de labor". Aún así los "hombres de la dehesa", aún parcialmente herederos de la sabiduría de sus ancestros, continuaron respetando los ciclos tradicionales de cultivo y poda que, de forma sabia y totalmente empírica, habían establecido para bien de nuestro árbol y de su generosa cosecha.

En varias ocasiones sufrió el ataque de diversas orugas defoliadoras, pero nunca tan virulentos como el que hubo de padecer en una ocasión. Por lo general cuando el bosque tenía una adecuada estructura de vegetación y una completa comunidad de animales y plantas, las plagas venían reguladas por infinidad de seres, aves insectívoras e insectos depredadores consumían la mayor parte de las "orugas", y solo en años excepcionales para el desarrollo de plagas, éstas tenían alguna incidencia mayor. Incluso ya adhesionada nuestra encina y sus pastos cobijaban multitud de seres que se alimentaban de las diferentes orugas que podían hacerles daño.

Pero "aquel ataque" fue algo verdaderamente excepcional, la sierra casi había enmudecido tras un año muy seco, y para desesperación de sus habitantes el nuevo año apenas se había regalado en agua. Se acercaba una primavera temprana y caliente. Aún así y aunque se encontraba muy debilitada, "siguiendo su rito ancestral" nuestra encina "metió", pero sus rebrotes eran cortos



y sin fuerza, y ya "veía" que casi no iba a poder mantenerlos, por lo que su fisiología reaccionó y la libró de todas sus hojas viejas, a las que no podía mantener y de las que se desprendió. La encina apenas si podía ya soportar el gasto energético de mantener ni siquiera la "metida" del año. Entonces fue cuando todo ocurrió, una plaga de grandes dimensiones hizo acto de aparición en la sierra, extendiéndose por decenas de miles de hectáreas. Las "orugas peludas" devoraron la mayor parte de las hojas nuevas en un natural aunque inmenso y pantagruélico festín. A nuestra encina no le quedó ni una sola hoja. El año siguió seco y en parte nuestra encina se sintió aliviada, pues no hubiera podido soportar el gasto de mantener esas hojas. Aguantó hasta el cálido otoño de aquel año en un estado de "latencia vegetante" y entonces llovió y llovió, y nuestra encina hizo lo que sabía hacer, multiplicó extraordinariamente su producción de raíces finas en el horizonte orgánico y repuso sus hojas, para lo que movilizó las exiguas reservas de que aún disponía, carbohidratos acumulados en su fracción subterránea. También llovió en los años sucesivos, lo cual le permitió reponer sus reservas de raíz.

Años más tarde "los hombres de la dehesa" utilizando unos artefactos terrestres, comenzaron a rociar su copa con diversas sustancias que servían para matar a las orugas, a una de ellas la llamaban DDT y no solo mataba a las orugas sino a todos los seres pequeños que vivían por allí. Esto no lo entendía nuestra enci-

na pues su tronco, su copa y su suelo eran un hervidero de vida casi siempre armoniosa. A partir de entonces las orugas empezaron a comportarse de forma extraña, pues las que conseguían sobrevivir a los ataques químicos dejaban una descendencia que no encontraba depredadores y se multiplicaban en ciclos de vida anómalos. De hecho cuando la rociaban, los pájaros insectívoros no se reproducían en los alrededores, pues no tenían que comer ni con qué alimentar a sus polluelos. Años más tarde trajeron otros productos pero todos tenían un efecto muy negativo sobre la vida del campo.

Una sola vez conoció el fuego, que "flameó" el tercio inferior de su copa, pero "fuerte como un roble" que estaba no le costó mucho reponerlo. Las ventajas adaptativas evolutivas que hemos visto le permitieron de nuevo sobrevivir como lo había hecho antes, tanto durante los largos periodos de sequía, como por otras perturbaciones severas (talas, plagas, etc.). Su biomasa subterránea jugaba en este sentido un papel esencial, y entre ellas sus raíces finas (menos de 2,5 mm de diámetro). De estas, más del 50% las concentraba nuestra encina en los primeros 20 cm de suelo, sobre todo en los 10 más profundos, donde encontramos el horizonte orgánico, más rico en nutrientes.

Si bien nuestra encina presenta raíces finas todo el año, éstas activan su regeneración en otoño, alcanzan un mínimo en invierno, y un mayor desarrollo en primavera, para posteriormente pasar a decrecer en verano por la mortalidad derivada

de la temperatura y déficit hídrico. Para nuestro árbol generar todo este sistema de raíces finas tiene, por supuesto, un determinado coste energético.

Tras episodios severos como los narrados, nuestra encina reponía sus reservas de carbohidratos en un proceso lento (que además está condicionado por los períodos desfavorables, como los años secos).



Primavera en los encinares del norte. Más tardía que en el sur, por la diferencia de cota, inunda todo el espacio de color y olor. Fotografía: Fernando Zazo. Entorno S.L.

Imaginemos como tras sucesivos años de gran déficit hídrico había debido utilizar para mantenerse viva la mayor parte de las reservas de su fracción subterránea (que en condiciones normales tardará en reponer un mínimo de dos décadas).

Los modelos de cambio climático para el mediterráneo contemplan un aumento de la temperatura y una disminución paralela en la precipitación, por lo que salvo que el aumento de la concentración de CO₂ lo compense por "efecto fertilizante"; cabría esperar un aumento en el tiempo necesario para que nuestra encina reponga sus reservas. Quedaría así más expuesta ante una nueva perturbación severa, o una sucesión de ellas, para la que ya no tendría suficientes reservas para reponerse. Se mantendría en tal caso en un "estado vegetante" en el que podría permanecer un tiempo, en una suerte de bloqueo que no le permitiría reponer su sistema aéreo, y que prolongaría durante un tiempo su aspecto "decadente", antes de morir.

Sigamos con nuestra encina, que ya repuesta, volvió a llenar sus "solás" con arrobos de bellota. Pero su preocupación era creciente, porque desde hacía tan solo unas pocas décadas estaba lloviendo menos, los estíos se eternizaban y sus reservas menguaban progresivamente, y entre sequía y sequía no conseguía "llenarlas" de nuevo. Además, la temperatura del suelo era cada vez mayor y sus raíces finas morían cada vez antes y por tanto cada año era menor el tiempo en que estas le aportaban nutrientes



La densidad de nuestros encinares brinda aún una potente "montanera", que es la base de la calidad del ganado que aquí se alimenta. Fotografía: Fernando Zazo. Entorno S.L.

y fluidos. Por otra parte la encina "veía" como cada vez venía más ganado a la dehesa y ni siquiera entre todas las encinas y los pastos juntos podían ya alimentar tamaño número de cabezas. Con mucha tristeza hubo de contemplar, sin poder hacer nada, como todos sus hijos y los de sus congéneres eran devorados. Pero los "nuevos materos" idearon un sistema para "arreglarlo", traían unos piensos estupendos que engordaban el ganado aunque ya no hubiera más pastos ni bellotas. Pero entonces la encina empezó a notar algo por "sus bajos", pues tanto ganado pasando por su "solá" y alrededores compactaba más y más el suelo, y las deposiciones de tantas cabezas así mantenidas eran cada vez más cuantiosas; entonces el suelo empezó a nitrificarse y las es-

pecies palatables que formaban los pastos lo notaron, pues algunos de sus primos lejanos, las plantas nitrófilas poco palatables, eran cada vez más frecuentes; y como al ganado no le gustaban, cada vez se hacían más fuertes y en algunas zonas ya no había sitio sino para ellas. Además empezaron a llegar aviones que la rociaban con nuevas generaciones de química que seguía matando a casi todos los seres pequeños del campo, y claro está, la plaga de nuevo sin depredadores, aparecía un año tras otro y los tratamientos no parecían tener fin. ¿Era posible que no comprendieran los hombres lo absurdo de tal comportamiento?, se preguntaba nuestra encina.

Con el pasar del tiempo nuestra querida encina sentía cada vez con más fuerza un inquietante cosqui-

lleo, cerca de los muñones abiertos que tenía desde la época en que fue carbonada. Ella no lo sabía pero un ejercito de insectos, hongos y otras criaturas la penetraba lentamente desde las heridas que nunca pudo cerrar. Para colmo de males varias infecciones de diversa índole, hasta ahora menores, le habían sido contagiadas por una nueva hacha mecánica que los hombres habían comenzado a utilizar. Bastaba que una sola de sus hermanas y primas de los alrededores estuviera enferma, para que con la hoja de aquel artificio se transmitiera a otras muchas. Ella incluso había tenido suerte pero había visto ya agonizar alguna encina menos afortunada.

Una nueva inquietud vino a sumarse a nuestra preocupada y ciertamente debilitada encina: los tractores habían empezado a pasar por su "ruedo" no cada tres, cinco o más años, sino con frecuencia de un modo caótico y no planificado como antes. En ocasiones lo hacían varios años seguidos o solo dejaban dos entre "vez y vez". La suela de labor era cada vez mas "suela" y cuando nuestra encina reponía sus raíces finas en otoño para empezar a recuperarse del estío, o las multiplicaba en primavera para poder crecer, estas eran seccionadas por el arado del tractor, que con frecuencia además "chaspeaba" la base de su recio tronco.

Nuestra encina que aún es joven, pues ronda solo unos 150 años, no precisa de muchas atenciones pero no entiende porque si año tras año ella ha cumplido con sus "materos", ahora la tratan así, ¿acaso habían

olvidado por completo la biblioteca de cocimiento oral que debieron haberles transmitido sus abuelos? Así las cosas recuerda su milenaria progenitora y entristece pues comprende que difícilmente llegará a la vejez, y que tal vez nunca verá un "retoño suyo", de su "propia sangre", en derredor.

El final de la historia de nuestra encina, de nuestros encinares, de nuestras dehesas, lo van a poner ustedes. Intentemos respondernos juntos algunas preguntas, y tengamos bien presente el estado de decaimiento que con frecuencia presentan nuestras encinas en estos tiempos, debido sobretodo a sequías recurrentes, pero también a erróneas prácticas culturales pasadas y presentes. Pensemos también en el cambio climático, que aunque no sepamos o queramos saber si con seguridad existe o no, tal vez el futuro inmediato no tarde en confirmárnoslo con una certeza total.

¿Qué ocurre cuando cada otoño, invierno o primavera, le pasamos el arado, en muchas ocasiones a una profundidad mayor de 10 cm, a nuestros encinares, bien sea para la preparación de siembras o en desbroces para eliminar matorral?

¿Tal vez obligamos al árbol a realizar una nueva inversión desde sus mermadas reservas para reponer nuevamente sus vitales raíces finas?

¿Y si además esto lo hacemos, a veces, un año tras otro y no al tercio, al quinto o más como empíricamente decidieron hacer nuestros antepasados?





Las magnificas dehesas de que aún disfrutamos, merecen todo el esfuerzo que seamos capaces de realizar para perpetuarlas. Fotografía: José Cañas.



Y por si fuera poco, ¿qué pasaría si además compactamos de forma creciente el suelo?

¿Y si también lo nitrificamos?

¿Y si además la podamos, a veces infectamos, y obligamos a invertir de nuevo en tejido aéreo?

¿Y sí cada cierto tiempo, en una periodicidad hasta ahora desconocida, se flamea su copa por culpa de incendios de pasto?

¿No van a proliferar las plagas en tan exuberantes campos abonados de seres languidecientes?

¿Estamos tal vez inmersos en una suerte de orgía productiva, ciega y sorda?

¿Estamos acaso acelerando el proceso de decaimiento de nuestros encinares?

Y si llegado el caso nuestra encina perece, ¿hay habitualmente cerca alguna matocada o almáciga pronta a ocupar esta plaza?, ¿hay habitualmente regeneración en nuestros encinares?

Podemos plantearnos que tal vez no estamos sino añadiendo dificultades a la precariedad en la que se encuentran y posiblemente sigan encontrándose nuestras encinas en las próximas décadas. A pesar de todo tenemos aún magníficas dehesas y en el Parque Natural además, de una juventud, densidad y distribución de edades envidiables en la mayoría de los casos. Nos brindan unos productos de calidad inigualable y son una garantía de rentabilidad para el futuro. Es posible que estemos justo en el momento en que ha de imponerse, abrirse hueco o como queramos decirlo, una nueva concepción en el tratamiento y uso

que damos y hacemos de nuestras dehesas, un poco de orden, un replantearnos inercias absurdas o cuando menos absolutamente insostenibles.

En cualquier caso y de cara al futuro será necesario implementar actuaciones de carácter preventivo (correcta selvicultura, medidas fitosanitarias adecuadas), así como aquellas medidas que permitan la regeneración de las encinas y otros *Quercus* de las dehesas; y una política de subsidios de sólidos "pies".

Es preocupante el proceso de incremento de las cargas ganaderas que soportan muchas fincas de dehesa, provocado por la existencia en la comarca de un tejido cooperativo muy eficiente; que facilita y rentabiliza el mantenimiento de cargas elevadas, aunque estas sobrepasen con creces la capacidad del medio. Esta circunstancia, de una eficiencia claramente insostenible y por tanto muy cuestionable provocará, de mantenerse en el tiempo, una ausencia total de regeneración amén de otros efectos perniciosos como compactación y nitrificación del suelo, mayor escorrentía y erosión.

No nos engañemos, la actual densidad de pies de la dehesa del Parque Natural no es sino un producto de la juventud del proceso de adhesamiento en el mismo. Los propietarios de fincas con dehesa, por lo general, no realizan una gestión diferencial con respecto a otras dehesas mucho más claras y a veces ya desaparecidas que encontramos en los *Pedroches Centrales u Occidentales*; que simplemente

cuentan ya a sus espaldas con muchos siglos de existencia y que reflejan lo que el futuro podría depararnos. Si queremos ver ese futuro tenemos a nuestro alcance un accesible, cómodo, económico e ilustrativo viaje en el tiempo; desplacémonos a los *Pedroches Occidentales* cuyas dehesas son mucho más viejas y encontraremos el futuro de las nuestras, eso sí, con la agravante que aquellas se deterioraron mucho más lentamente o en cualquier caso en un escenario bien distinto, no había las posibilidades técnicas de hoy y seguramente el

clima no estaba sujeto a los vaivenes de la actual transformación antrópica de nuestro planeta.

Es de esperar que el hombre de estas sierras, sabio heredero de una muy antigua cultura agrosilvopastoril, sea cada vez más consciente del inmenso valor que atesoran sus encinas, autentico activo de las dehesas de nuestro admirable "Fash al-Ballut" (el llano de las bellotas), como le denominaron los musulmanes; y que a su vez las Administraciones Públicas se comprometan con éstas comarcas con renovado interés.